

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



COSMOVISIÓN MÍSTICO-GUERRERA DE TLACAÉLEL

Habiendo tratado de esas creaciones culturales, educación, moral, derecho e historia, comunes a los varios grupos nahuas de los siglos XV y XVI, parece oportuno aludir aquí al pensamiento y actuación casi increíbles de un extraordinario personaje azteca. Su obra, en cuanto creador de una forma de vida, que llegó a ser característica de los aztecas, dentro del mundo náhuatl resulta fundamental. El hombre a que nos referimos es *Tlacaélel*, consejero de los gobernantes mexicas. Pero, aunque parezca inverosímil, *Tlacaélel*, cuya obra se sintetiza en la consolidación de la supremacía azteca resulta casi un desconocido para la gran mayoría. Y no se debe esto a carencia de datos acerca de la figura de *Tlacaélel*.

Aun cuando fray Juan de Torquemada, al leer en la *Historia* del jesuita José de Acosta las proezas de *Tlacaélel*, afirma que se trata sólo de un “personaje fingido e imaginario”,⁶³ hay numerosas fuentes indígenas, independientes entre sí, que hablan acerca del gran consejero de los reyes *Itzcóatl*, *Motecuhzoma Ilhuicamina* y *Axayácatl*. Entre esas fuentes están: la *Crónica mexicáyotl*, escrita en náhuatl por Tezozómoc, en la que se ofrece la genealogía de *Tlacaélel*; la *Séptima relación* de Chimalpáin, que nos da la fecha exacta de su nacimiento y datos valiosos sobre su actuación; los *Anales tepanecas de Azcapotzalco*; las tres relaciones dependientes de la llamada *Crónica X*, o sea, el *Códice Ramírez*, la *Crónica mexicana* y la *Historia* de Durán; las alusiones que se encuentran en el *Códice Cozcatzin*, en un cantar mexicano del *Manuscrito de la Biblioteca Nacional*, así como verosímilmente dos representaciones pictográficas de los *Códices Xólotl* y *Azcatitlan*.⁶⁴

Chimalpáin en su *Séptima relación* ofrece concretamente los siguientes datos acerca del nacimiento de *Tlacaélel*:

⁶³ Fray Juan de Torquemada, *op. cit.*, t. I, p. 171.

⁶⁴ Respecto del valor y origen de estos documentos e historias, véase la sección que se consagra a su estudio en la Introducción de este libro.

Año 10 Conejo (1398),
entonces, como lo sabían por tradición los ancianos mexicanos,
nacieron *Motecuhzoma* el viejo, *Ilhuicamina*,
el que brilla con resplandor de jade,
que vino al mundo al momento en que el sol estaba ya elevado.
Su madre era una princesa de *Cuauhnáhuac* (Cuernavaca),
su nombre *Miyahuaxiuhztzin*.
Y *Tlacaélel*, que nació el mismo día por la mañana,
cuando el sol, como decimos, iba a elevarse.
De suerte que se dice que (*Tlacaélel*) era el mayor.
Su madre, llamada *Cacamacihuatzin*,
era una princesa de *Teocalhuiyacan*.
Cada uno tuvo madre distinta,
pero tuvieron el mismo padre, *Huitzilíhuitl II*,
rey de Tenochtitlan.⁶⁵

La primera actuación de *Tlacaélel* en la vida pública de México-Tenochtitlan la describe la *Historia* de Durán. Hecha la elección del rey *Itzcóatl*, hacia 1424, los mexicas se vieron en la trágica disyuntiva de tener que aceptar servilmente las continuas vejaciones de que los hacía objeto el tirano *Maxtla* de Azcapotzalco, o reaccionar contra él, iniciando la guerra. Ante el peligro de ser aniquilados, *Itzcóatl* y los señores mexicas habían optado por someterse de la manera más completa a los tepanecas de Azcapotzalco. Decían que lo mejor era

que tomasen a su dios *Huitzilopochtli* y se fuesen a *Azcaputzalco* a poner en las manos del Rey todos con toda humildad para que hiciese dellos lo que fuese su voluntad, y que quizá los perdonarían y darían en *Azcaputzalco* lugar donde viviesen y los entretejerían entre los vecinos, ofreciéndose por esclavos de los de *Azcaputzalco*...⁶⁶

Fue entonces cuando el joven *Tlacaélel* habló por primera vez en público, incitando a los mexicas a una lucha, que iba a ser el principio de la grandeza de Tenochtitlan. He aquí las palabras de *Tlacaélel*:

⁶⁵ Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpáin Cuauhtlehuanitzin, *Annales. Sixième et septième relations (1258-1612)*, publiées et traduites par Rémi Siméon, Paris, Maisonneuve et Ch. Leclerc, 1889, p. 85; AP I, 76.

⁶⁶ Fray Diego de Durán, *op. cit.*, t. I, p. 70.

¿Qué es esto, mexicanos?, ¿qué hacéis? Vosotros estáis sin juicio: aguardad, estaos quedos, dejadnos tomar más acuerdo sobre este negocio: ¿tanta cobardía ha de haber que nos habemos de ir a entretener con los de Azcapotzalco? Y llegándose al rey, le dijo: Señor, ¿qué es esto?, ¿cómo permites tal cosa? Hablad a ese pueblo; búscuese un medio para nuestra defensa y honor, y no nos ofrezcamos así tan afrentosamente entre nuestros enemigos.⁶⁷

Largo y fuera de lugar sería relatar aquí el modo como vencieron los mexicas a los de Azcapotzalco. Baste repetir que, según el testimonio de Durán, Tezozómoc, Chimalpáin, los *Anales tepanecas de Azcapotzalco* y los códices *Ramírez* y *Cozcatzin*, a *Tlacaélel* se debió principalmente esa primera victoria de tan grandes consecuencias.

Restablecida la paz, los textos nos refieren cuáles fueron los diversos actos y medidas tomadas por *Tlacaélel*. Constituido implícitamente en consejero de *Itzcóatl*, de quien afirma categóricamente el *Código Ramírez* que “no hacía más que lo que *Tlacaélel* le aconsejaba”, lo primero que emprendió fue una doble reforma: la concesión de títulos a los guerreros mexicas que se habían distinguido en la lucha y la distribución de tierras al rey, a los señores, o nobleza recién constituida, y a cada uno de los barrios de la ciudad de México-Tenochtitlan.

En relación con este afán de engrandecer con títulos y tierras a los mexicanos, los informantes de Sahagún se refieren a otro hecho de suma importancia al que ya se aludió a propósito de la conciencia histórica existente en el mundo náhuatl. Relata el documento indígena que, terminada la guerra de Azcapotzalco, se reunieron *Itzcóatl* y los principales señores mexicas. Entre ellos, como es obvio, estaba *Tlacaélel*. Reunidos, determinaron quemar los códices y libros de pinturas de los vencidos tepanecas y aun los propios de los mexicas, porque en esos libros de pinturas la figura del pueblo azteca carecía de importancia. En realidad se había concebido la idea de imponer una nueva versión de su historia. Transcribimos de nuevo, por su importancia en relación con *Tlacaélel*, parte del texto indígena que habla acerca de esta primera quema de códices, llevada a cabo mucho tiempo antes de las destrucciones ordenadas por los españoles:

⁶⁷ *Loc. cit.*

Se guardaba su historia.
Pero, entonces, fue quemada...
Los señores *mexicas* dijeron:
no conviene que toda la gente
conozca las pinturas.
Los que están sujetos (el pueblo)
se echarán a perder
y andará torcida la tierra,
porque allí se guarda mucha mentira,
y muchos en ellas han sido tenidos por dioses.⁶⁸

La nueva visión de la historia mexícatl introducida entonces se conserva en los textos de procedencia azteca que hoy día se conocen. En ellos, los *mexicas* aparecen frecuentemente emparentados con la nobleza tolteca. Las divinidades *mexicas*, especialmente *Huitzilopochtli*, se sitúan en un mismo plano con los dioses creadores de las diversas edades o “soles”, es decir con *Tezcatlipoca* y con *Quetzalcóatl*, como puede verse, por ejemplo, en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*. Pero, sobre todo, se trasluce en la documentación azteca ese espíritu místico-guerrero, del “pueblo del Sol”, o sea de *Huitzilopochtli*, que tiene por misión someter a todas las naciones de la tierra, para hacer cautivos, con cuya sangre habrá de conservarse la vida del astro que va haciendo el día.

Y a propósito del rango principal que desde entonces asignaron los *mexicas* a su numen tutelar, *Huitzilopochtli*, dentro del antiguo panteón náhuatl, hay en la *Séptima relación* de Chimalpáin un breve pero expresivo pasaje:

El primero en la guerra, el varón fuerte, *Tlacaélel*, como se verá en los libros de años, fue quien anduvo haciendo, quien anduvo siempre persuadiendo a los *mexicas* de que su dios era *Huitzilopóchtli*.⁶⁹

La figura de *Huitzilopochtli* dejó de ser el numen tutelar de una pobre tribu perseguida y se fue agigantando cada vez más, gracias a la acción de *Tlacaélel*. La nueva versión de la historia mexícatl, tras la mencionada quema de códices, fue el camino para inculcar en el pueblo las ideas de *Tlacaélel*.

⁶⁸ *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 192v; AP I, 73.

⁶⁹ D. F. Chimalpáin Cuauhtlehuanitzin, *op. cit.*, p. 106; AP I, 77.

Huitzilopochtli aparece como el dios más poderoso. A él le dirigen las antiguas plegarias de la religión náhuatl y los sacerdotes componen también nuevos himnos en su honor, como los que ya existían a honra de *Quetzalcóatl* principalmente. Identificado con el sol, *Huitzilopochtli* es al mismo tiempo quien da vida y conserva, alentando la guerra, esta quinta edad en que vivimos. He aquí uno de los himnos prehispánicos que alude a estas ideas, recogido por los informantes de Sahagún:

Huitzilopochtli, el joven guerrero,
el que obra arriba, va andando su camino!

—“No en vano tomé el ropaje de plumas amarillas:
porque yo soy el que ha hecho salir al sol.”

El Portentoso, el que habita en la región de las nubes:
¡uno es tu pie!

El habitador de la fría región de las alas:
¡se abrió tu mano!

Junto al muro de la región de ardores,
se dieron plumas, se van disgregando,
se dio grito de guerra... ¡Ea, ea, ho, ho!
Mi dios se llama Defensor de hombres.

Oh, ya prosigue, va muy vestido de papel,
el que habita en la región de ardores, en el polvo,
en el polvo se revuelve en giros.

Los de *Amantla* son nuestros enemigos:
¡ven a unirte a mí!
Con combate se hace la guerra:
¡ven a unirte a mí!

Los de *Pipiltlan* son nuestros enemigos:
¡ven a unirte a mí!
Con combate se hace la guerra:
¡ven a unirte a mí!⁷⁰

⁷⁰ “Canto a *Huitzilopochtli*”, en *Veinte himnos sacros de los nahuas*, versión de Ángel María Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, Seminario de Cultura Náhuatl, 1958, p. 31; *AP I*, 78.

Tlacaélel mismo insistió en la idea, si no es que la introdujo, de la necesidad de mantener la vida del *Sol-Huitzilopochtli* con el agua preciosa de los sacrificios.

Es cierto que ya antes de los mexicas había sacrificios humanos. Sin embargo, no se sabe que se practicaran con tanta frecuencia como entre ellos. La explicación de esto es tal vez que *Tlacaélel* supo inculcar a los varios reyes mexicas, de quienes fue consejero, la idea de que su misión era extender los dominios de *Huitzilopochtli*, para obtener víctimas con cuya sangre pudiera preservarse la vida del sol. De un breve discurso de *Itzcóatl*, de quien se dice, como ya vimos, que “no hacía más que lo que *Tlacaélel* le aconsejaba”, transcribimos las siguientes palabras:

éste es —dice— el oficio de *Huitzilopochtli*, nuestro dios, y a esto fue venido: para recoger y atraer a sí y a su servicio todas las naciones con la fuerza de su pecho y de su cabeza...⁷¹

En honor de *Huitzilopochtli*, se empezó a edificar luego —por consejo también de *Tlacaélel*— un templo mayor, rico y suntuoso. En él se iban a sacrificar numerosas víctimas al *Sol-Huitzilopochtli*, que había llevado a los mexicas a realizar grandes conquistas: primero de los señoríos vecinos, y luego de los más lejanos de Oaxaca, Chiapas y Guatemala. Hablando con el rey *Motecuhzoma Ilhuicamina*, a propósito de la dedicación del templo mayor de Tenochtitlan, se expresó así *Tlacaélel*:

Sacrifíquense esos hijos del Sol, que no faltarán hombres para estrenar el templo cuando estuviese del todo acabado. Porque yo he pensado lo que de hoy más se ha de hacer; y lo que se ha de venir a hacer tarde, vale más que se haga desde luego, porque no ha de estar atenido nuestro dios a que se ofrezca ocasión de algún agravio para ir a la guerra. Sino que se busque un cómodo y un mercado donde, como a tal mercado, acuda nuestro dios con su ejército a comprar víctimas y gente que coma; y que bien, así como a boca de comal de por aquí cerca halle sus tortillas calientes cuando quisiera y se le antojase comer, y que nuestras gentes y ejércitos acudan a estas ferias a comprar con su sangre y con la cabeza y con su corazón y vida las piedras preciosas y

⁷¹ Fray Diego de Durán, *op. cit.*, t. I, p. 95.

esmeraldas y rubíes y las plumas anchas y relumbrantes, largas y bien puestas, para el servicio del admirable *Huitzilopochtli*.⁷²

Y precisando luego en dónde podría estar ese *tianguis* o mercado, en el cual el *Sol-Huitzilopochtli* “compraría” por medio de la guerra su alimento, continúa:

Este tinguez y mercado, digo yo *Tlacaélel*, que se ponga en Tlaxcala y en Huejotzinco, y en Cholula y en Atlixco, y en Tliluhquitepec y en Técoac, porque si le ponemos más lejos como en Yopitzinco o en Michoacán o en la Huasteca o junto a esas costas, que ya nos son todas sujetas, son provincias muy remotas y no lo podrían sufrir nuestros ejércitos. Es cosa muy lejana, y es de advertir que a nuestro dios no le son gratas las carnes de esas gentes bárbaras. Tiénelas en lugar de pan blanco y duro, y como pan desabrido y sin razón, porque como digo, son de extraña lengua y bárbaros, y así será muy acertado que nuestro mercado y feria sea en estas seis ciudades que he nombrado; conviene a saber, Tlaxcala, Huejotzinco, Cholula, Atlixco, Tliluhquitepec y Técoac, la gente de los cuales pueblos tendrá nuestro dios por pan caliente que acaba de salir del horno, blando y sabroso... Y ha de ser esta guerra de tal suerte, que no pretendamos destruirlos, sino que siempre se esté en pie, para que cada y cuando quiera que queramos, y nuestro dios quiera comer y holgarse, acudamos allí como quien va al mercado a mercar de comer...⁷³

Tal fue en el pensamiento de *Tlacaélel* el origen de las “guerras floridas”, organizadas para obtener víctimas que ofrecer a su dios *Huitzilopochtli*. Y así como introdujo reformas en el pensamiento y culto religioso, así también transformó, como pormenorizadamente lo refiere el mismo Durán, el orden jurídico, el servicio de la casa real de *Motecuhozoma*, el ejército, la organización de los *pochtecas* o comerciantes, y aun, por no dejar, llevó a cabo la creación de un verdadero jardín botánico en Oaxtepec, en las cercanías de Cuautla, en el actual estado de Morelos.⁷⁴

⁷² *Ibid.*, t. I, p. 241.

⁷³ *Ibid.*, t. I, p. 242.

⁷⁴ Todavía en la actualidad quedan algunos vestigios arqueológicos del “jardín botánico” de Oaxtepec, Morelos.

Tal fue el modo como consolidó *Tlacaélel* la grandeza mexícatl. Sin aceptar jamás la suprema dignidad de rey o *tlatoani* que insistentemente le ofrecieron, al morir *Itzcóatl* y *Motecuhzoma Ilhuicamina*, de hecho fue él quien inspiró siempre los designios del pueblo del sol. Significativas son en este sentido las palabras que pronunció cuando, después de la muerte de *Motecuhzoma*, se empeñaron los nobles mexicas, acompañados del rey de Tezcoco, en ofrecerle el supremo título de *tlatoani*. Las siguientes palabras de *Tlacaélel*, conservadas por el mismo Durán, muestran claramente la actitud del gran consejero de los señores mexicas:

Por cierto, hijos míos, yo os lo agradezco
y al rey de Tezcoco,
pero venid acá:
yo os quiero que me digáis,
de ochenta años a esta parte,
o noventa que ha que pasó la guerra de Azcaputzalco,
¿qué he sido?, ¿en qué lugar he estado?

¿Luego no he sido nada?
¿Pues para qué me he puesto corona en la cabeza,
ni he usado de las insignias reales que los reyes usan?
¿Luego no ha valido nada todo cuanto he juzgado y mandado?
¿Luego injustamente he muerto al delincuente
y he perdonado al inocente?
¿Luego no he podido hacer señores,
ni quitar señores como he puesto y compuesto?...

Mal he hecho en vestirme las vestiduras
y semejanzas de los dioses
y mostrarme sus semejanzas,
y como tal dios tomar el cuchillo y matar y sacrificar hombres;
y si lo pude hacer
y lo he hecho ochenta o noventa años ha,
luego rey soy y por tal me habéis tenido;
¿pues qué más rey queréis que sea?...⁷⁵

⁷⁵ Fray Diego de Durán, *op. cit.*, t. I, p. 326. Parece indudable que las palabras de *Tlacaélel*, afirmando haber influido 80 o 90 años, desde que pasó la guerra de Azcaputzalco, son una mera exageración retórica, ya que, según las cronologías de ordinario aceptadas, *Motecuhzoma Ilhuicamina* murió hacia 1469, después de

El mejor comentario de tan expresivo discurso de *Tlacaélel*, en el que el paralelismo de sus frases deja traslucir claramente su procedencia náhuatl, nos lo ofrece el *Códice Ramírez*:

Y no le faltaba razón —se afirma allí— porque con su industria, no siendo rey, hacía más que si lo fuera... porque no se hacía en todo el reino más que lo que él mandaba.⁷⁶

Siendo pues *Tlacaélel* el verdadero creador de la grandeza del pueblo mexícatl, no es de extrañar que en la *Crónica mexicáyotl* de Tezozómoc reciba un título que no hemos visto atribuido a ningún otro señor o capitán del mundo náhuatl prehispánico. Textualmente dice así el texto indígena, al hablar de la derrota de los tlatelolcas, en tiempos de *Axayácatl*:

Ya se dijo que cuando fueron vencidos los tlatelolcas, esto lo llevó a cabo *Axayácatl*. Y esto sucedió cuando aún vivía aquel varón llamado *Tlacaélel*, el *Cihuacóatl*, conquistador del mundo (*in cemanáhuac Tepehuan*).⁷⁷

Los textos aducidos han puesto de manifiesto la importancia del pensamiento y la acción de *Tlacaélel* como organizador de la que hemos llamado “visión místico-guerrera” de los aztecas. Sin embargo, lo dicho acerca de *Tlacaélel* no ha sido en modo alguno una exposición completa de su pensamiento y acción. Semejante estudio sigue haciendo falta. Porque sólo presentando, en función de las fuentes, los más diversos aspectos del pensamiento de *Tlacaélel* podrá llegarse a comprender el meollo más profundo de la que acertadamente llamó el doctor Alfonso Caso “filosofía del pueblo del Sol”, o sea de la cosmovisión específicamente azteca.

Resulta significativo que, ya a principios del siglo XVII, un hombre no directamente dedicado al estudio de nuestra historia antigua,

haber gobernado 29 años. En todo caso, habían transcurrido aproximadamente 43 años desde que fueron vencidos los tepanecas de Azcapotzalco.

⁷⁶ *Códice Ramírez*, en *op. cit.*, p. 85.

⁷⁷ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, traducción del náhuatl por Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1949, p. 121; *AP I*, 79.

como lo fue el célebre científico, según parece de origen alemán, Henrico Martínez, escribiera acerca de *Tlacaélel*, afirmando que era el famoso *Cihuacóatl* “a quien se debía casi toda la gloria del Imperio Mexicano”.⁷⁸

Gracias a *Tlacaélel*, esa visión del mundo, fundada en el concepto y en la realidad de la lucha, llegó a identificarse como la actitud propia de los aztecas. Dos pequeños cantares mexicanos en los que se afirma que la raíz y fundamento de México-Tenochtitlan está en la lucha, simbolizada por sus dardos y sus escudos, son quizás la más afortunada síntesis del pensamiento místico-guerrero iniciado por *Tlacaélel*:

Con nuestros dardos,
con nuestros escudos,
está existiendo la ciudad.⁷⁹

Allí donde se tiñen los dardos,
donde se tiñen los escudos,
están las blancas flores perfumadas,
las flores del corazón:
abren sus corolas las flores del que da la vida,
cuyo perfume aspiran en el mundo los príncipes:
es Tenochtitlan.⁸⁰

⁷⁸ Henrico Martínez, *Reportorio de los tiempos e Historia natural de Nueva España*, México, Secretaría de Educación Pública, 1948, p. 129.

⁷⁹ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 20v; AP I, 80.

⁸⁰ *Ibid.*, f. 18r; AP I, 81.